
Clausewitz y la historia de la guerra en la Argentina del siglo XXI

Germán Soprano*

Cuadernos de Historia. Serie economía y sociedad, N° 28, 2021, pp. 53 a 85.

RECIBIDO: 29/3/2021. EVALUADO: 1/11/2021. ACEPTADO: 1/11/2021.

Resumen

En la Argentina del siglo XXI, la historia de la guerra es producida por dos corrientes historiográficas claramente diferenciadas por sus enfoques, métodos, temas, fuentes documentales e inscripción institucional de sus practicantes. Por un lado, la “historia militar”, que posee una trayectoria secular; por otro lado, la “historia cultural” o “historia social y cultural de la guerra”, que promueve una renovación historiográfica en las últimas dos décadas. A partir de un análisis del pensamiento de Carl von Clausewitz y de interpretaciones críticas sobre *De la guerra*, el artículo propone una discusión académica que interpela a ambas perspectivas historiográficas.

Palabras clave: historiografía argentina – historia de la guerra – Clausewitz

Summary

In 21st-century Argentina, the history of war is produced by two historiographical currents clearly differentiated by their approaches, methods, themes, documentary sources and institutional inscription of their practitioners. On the one hand, "military history", which has a secular trajectory; on the other hand, the "cultural history" or "social and cultural history of war", which promotes a historiographic renewal in the last two decades. Based on an analysis of Carl von Clausewitz's thinking and critical interpretations of *On war*, the article proposes an academic discussion that challenges both historiographic perspectives.

Keywords: argentine historiography – history of war – Clausewitz

Introducción

* Universidad Nacional de La Plata. Conicet. E mail: gsoprano69@gmail.com

*Quienes sostienen que la teoría clausewitziana ha perdido su valor en el presente, probablemente se equivoquen tanto como aquellos que pretendan atribuirle un carácter dogmático e imperecedero*¹

La influencia de la “historia cultural” o “historia social y cultural de la guerra” prosperó en la última década entre historiadores argentinos que investigamos sobre la guerra, militares y otras fuerzas de guerra en el Río de la Plata y Argentina desde el siglo XVIII hasta el presente.² Del universo de autores de referencia se destacan entre nosotros – de modo no excluyente – el israelí Martin van Creveld y los británicos John Keegan y Geoffrey Parker – este último también un reconocido “modernista” –. Sus análisis de las dimensiones sociales y culturales de la guerra son un estímulo para quienes nos aproximamos a su conocimiento desde formaciones universitarias y trayectorias académicas vinculadas con la “historia social” e “historia cultural”. En nuestros medios académicos son conocidas las ediciones en castellano de tres libros: *La transformación de la guerra* de van Creveld, *Historia de la guerra* de Keegan y la obra colectiva editada por Parker *Historia de la guerra*.³

Las interpretaciones sobre *De la guerra* son una referencia explícita indispensable en esos libros: van Creveld y Keegan construyen sus argumentos a partir de una crítica radical a la perspectiva pretendidamente universalista de la guerra en Clausewitz; Keegan y Parker identifican atributos de la caracterización clausewitziana de la guerra como propios de las concepciones y prácticas seculares de la guerra en Occidente. En consecuencia: ¿es posible valorar plenamente las contribuciones de estos historiadores si se desconoce la obra magna del militar prusiano? Si queremos formarnos una opinión propia, mi respuesta es negativa.⁴

1 Cornut, 2019:1.

2 Empleo la categoría analítica fuerzas de guerra como la definieron Garavaglia, 2012 y Rabinovich, 2013, para dar cuenta de actores sociales y organizaciones de guerra no exclusivamente militares, ejércitos regulares, de línea o permanentes, sino también milicias, guardias nacionales, montoneras, indios amigos y enemigos, mercenarios, grupos armados revolucionarios, entre otros.

3 Van Creveld, 2007[1991], Keegan, 2004 [1993] y Parker, 2010 [2005]. El interés por estos autores en la Argentina suscitó recientemente la publicación de un artículo comparando los libros de van Creveld y Keegan y sus relaciones por la obra de Clausewitz: Sánchez Mariño, 2020. En Argentina, el pensamiento del militar prusiano ha sido objeto de estudios en profundidad en los últimos años: Fernández Vega, 2005, Marín, 2018 [2009], Velázquez Ramírez, 2015, Cornut, 2019 y Anzaldi, 2019.

4 *De la guerra* quedó inacabada cuando su autor falleció víctima de cólera en 1831 durante una campaña en Polonia y fue publicada gracias a su esposa Marie von Brühl. Clausewitz consideraba que sólo el capítulo I “¿Qué es la guerra?” del Libro Primero “Sobre la naturaleza de la guerra” estaba completo. Las disímiles interpretaciones sobre esta obra no sólo están motivadas en los desiguales enfoques con que sus intérpretes la abordan sino también por algunas inconsistencias producto de ese carácter

El presente artículo busca responder las siguientes preguntas ¿Qué interpretaciones efectuaron estos tres historiadores sobre *De la guerra* y qué consecuencias tuvieron en sus definiciones acerca de la guerra? ¿Qué apropiaciones podemos realizar los historiadores argentinos sobre el pensamiento de Clausewitz y el de sus intérpretes en beneficio de nuestras investigaciones sobre la guerra, los militares y otras fuerzas de guerra? ¿En qué medida esas interpretaciones sobre Clausewitz y su obra clarifican nuestro conocimiento de las relaciones entre teoría del Estado, teoría política y teoría del poder en el estudio histórico de la guerra? Y, por último, ¿qué relaciones es posible establecer entre la definición y análisis teórico de la guerra y la casuística histórica, especialmente, atendiendo al énfasis que una “historia social y cultural de la guerra” debería otorgar a la comprensión situada de las perspectivas y experiencias de sus protagonistas, tanto combatientes como no combatientes?

Guerras estatales y trinitarias como excepción en la historia de la humanidad

La transformación de la guerra fue concluida por Martin van Creveld en abril de 1990 y publicada en 1991 en un escenario signado por la implosión de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría. Sostenía una radical crítica a la concepción clausewitziana de la guerra, pues consideraba que ésta estaba unilateralmente asociada a la guerra convencional interestatal librada por Fuerzas Armadas de Estados, la cual, decía, se encontraba “*en sus últimos suspiros*”.⁵ Proponía discutir los presupuestos, hipótesis y conclusiones del pensamiento estratégico moderno y contemporáneo – sobre el que Clausewitz tenía un peso decisivo – y formular una nueva concepción adecuada a los tiempos por venir en un siglo XXI donde los Estados y sus instrumentos militares no tendrían el protagonismo de otrora.

Van Creveld entendía que la profundidad histórica del análisis de Clausewitz sobre la guerra no iba más allá de los conocimientos que éste disponía sobre historia militar de

inacabado. Del extenso y prácticamente inabarcable universo de autores que han analizado, puesto en discusión y/o actualizado las interpretaciones canónicas sobre *De la guerra*, existe un relativo consenso en destacar los célebres estudios de Paret, 1976a, 1976b y 1986, Howard, 1976 y 1983 y Aron, 1987 [1976] y 2005 [1987].

⁵ Van Creveld, 2007: 18.

los siglos XVII y XVIII y, particularmente, sobre las guerras de la Francia revolucionaria e imperial de 1793-1815 en las que participó como oficial del ejército de Prusia y Rusia. Esta constatación lo llevó a afirmar que el general prusiano concebía las guerras como un fenómeno social tácitamente asociado con conflictos interestatales europeos de esos dos siglos y que no había prestado adecuada atención a las guerras en períodos anteriores. Clausewitz consideraba que: “*La violencia organizada sólo puede ser denominada ‘guerra’ si es librada por el estado, para el estado y contra el estado*”.⁶ Esa definición se habría consolidado en el Congreso de Viena de 1814-1815 y fue reforzada por los acuerdos internacionales que promovieron “leyes de guerra” conforme al derecho positivo – regulaciones acerca de combatientes heridos y prisioneros y sobre civiles no combatientes y restricciones en el empleo de armas.

Dicha concepción estaba fundada en la trinidad “gobierno”, “ejército” y “pueblo”. El “gobierno” era la conducción política de la guerra y el “ejército” su instrumento militar; en cuanto al “pueblo”, entre 1648-1789 van Creveld decía que los gobernantes buscaron que estuviera excluido todo cuanto fuera posible de la guerra – en especial como combatientes –, pero esto cambió cuando la Francia revolucionaria dispuso en 1793 la movilización general de la sociedad y el servicio militar obligatorio. Recordaba también que, como fenómeno estatal, la guerra clausewitziana era continuidad de la política por otros medios; pero ¿qué es la política?:

Cualquiera que sea el exacto significado del término “Política”, no es algo como: “cualquier clase de relación que abarque cualquier clase de gobierno en cualquier clase de sociedad”. Una interpretación más correcta sería que la Política está íntimamente conectada con el estado; de hecho, con las características que las relaciones de poder asumen dentro de una clase de organización conocida como el estado. Donde no hay estado, como era el caso durante la mayor parte de la historia humana, la política estaba tan mezclada con otros factores como para dejar el espacio suficiente para el término y la realidad que ésta abarcaba. Aun donde el estado existía, sólo algunas de sus acciones eran políticas por naturaleza, siendo el resto administrativas y judiciales. De esta manera, estrictamente hablando, el postulado de que la guerra es la continuación de la política por otros medios representa, nada más y nada menos, que ella es un instrumento en manos del estado; hasta un grado en que el estado puede emplear la violencia con fines políticos. Lo que no significa que la guerra sirva a cualquier tipo de interés en

⁶ Van Creveld, 2007: 63.

*cualquier clase de comunidad; a menos que su significado, no sea nada más que un cliché sin sentido*⁷

De modo que, para van Creveld, la idea moderna de la guerra como instrumento de la política se correspondería con una realidad histórica europea abierta en el siglo XVII que antecedió a la trinidad “gobierno”, “ejército” y “pueblo”, pues ésta fue una invención de la Revolución Francesa. Ese modelo estatal de la guerra —en esto este autor era terminante— solo tuvo vigencia entre la Paz de Westfalia (1648) y el fin de la Guerra Fría (1989-1991). El Estado era una invención de la “era moderna” europea y el resto de las regiones del mundo — con excepción de los Estados Unidos desde 1776 — sólo conocieron ese artificio político cuando se consumaron los procesos de descolonización en América en el siglo XIX y en África y Asia en el siglo XX. Por tanto, “*donde no había estados, tampoco había triple división en gobierno, ejército y pueblo*” y, por lo mismo, sería incorrecto afirmar que en tales sociedades “*la guerra era hecha por gobiernos empleando ejércitos, en nombre del pueblo o a sus expensas*”.⁸ Y concluía: “*Si alguna parte de nuestro bagaje intelectual merece ser tirado por la borda, seguramente no son los registros históricos, sino la definición clausewitziana de la guerra que nos evita entenderla como lo que es realmente*”.⁹

La tesis de van Creveld era que la guerra no estatal y no trinitaria dominó la historia de la humanidad antes de 1648, continuó haciéndolo prácticamente en todo el mundo no occidental desde entonces hasta los siglos XIX-XX y encontró un escenario internacional propicio en la pos-Guerra Fría con el “terrorismo”. Destacaba que la pérdida relativa de relevancia de los Estados para hacer la guerra comenzó a evidenciarse con la disposición de armas nucleares desde mediados del siglo pasado, pues éstas limitaban el recurso efectivo a la guerra por parte de los Estados, toda vez que el combate por “*algo serio*” podía acarrear “*el riesgo de un mutuo suicidio*”.¹⁰

Desde la publicación de *La transformación de la guerra* en 1991, el escenario mundial ofrece evidencias que parcialmente confirman su tesis: por un lado, porque los actores beligerantes no estatales adquirieron mayor protagonismo — aunque no siempre de manera autónoma, pues también lo hacen como “proxies” en coordinación con

7 Van Creveld, 2007: 174.

8 Van Creveld, 2007: 80.

9 Van Creveld, 2007: 28-29.

10 Van Creveld, 2007: 263.

Estados –; por otro lado, porque la distinción trinitaria de la guerra convencional pareciera disolverse en los “conflictos de baja intensidad”. De modo que, si en el pasado las guerras fueron hechas por diferentes tipos de comunidades no estatales, no trinitarias e, incluso, no políticas como tribus, ciudades-estado, imperios, asociaciones religiosas y comerciales, mercenarios y bandas privadas, entre otras; en el futuro otras comunidades disputarían el lugar del Estado como “principal entidad guerrera” y sus pretensiones en el ejercicio del monopolio de la violencia legítima: grupos basados en relaciones carismáticas – terroristas, guerrillas, bandidos – y organizaciones no gubernamentales – compañías de seguridad y corporaciones privadas. El protagonismo de esos nuevos actores sociales produciría cambios en las concepciones sobre quiénes hacen la guerra, contra quiénes, con qué propósitos, en qué circunstancias y con qué medios.

Keegan comenzó *Historia de la guerra* en 1989 con la crisis soviética que desencadenó el fin de la Guerra Fría y en junio de 1993 concluyó su escritura tras la primera Guerra del Golfo y los primeros años de la guerra civil en la ex-Yugoslavia. En las primeras páginas proclamaba su desacuerdo con una de las tesis fuertes de Clausewitz: “*La guerra no es la continuación de la política por otros medios*”.¹¹ En realidad – afirmaba – lo que el prusiano sostuvo fue que la guerra era continuación “*de la relación política*” con la “*intrusión de otros medios*”, es decir, una expresión “*más sutil y compleja*” que aquella que habitualmente se invoca en su traducción al inglés – o en nuestro caso al castellano.¹² Pero incluso asumiendo esta interpretación, la definición era incompleta o inadecuada, por un lado, porque suponía “*la existencia de estados, de intereses de estado y de cálculos racionales a propósito de cómo se debe lograr*”; por otro lado, porque omitía que la guerra “*antecede a los estados, a la diplomacia y a la estrategia y porque – lejos de ser un fenómeno necesariamente racional – está asociada al orgullo, la emoción y el instinto humano*”.¹³ Este último énfasis no debería suscitar el equívoco de interpretar su perspectiva como biologicista, pues definía la guerra como una actividad cultural.

¹¹ Keegan, 2014: 17.

¹² Keegan, 2014: 17.

¹³ Keegan, 2014: 17. El traductor de la edición en castellano de *De la guerra* publicada por La Esfera de los Libros, Carlos Fortea, destacó la asociación entre política-Estado-guerra traduciendo: la guerra “*no es más que la continuación de la política del Estado por otros medios*”, véase Clausewitz, 2005: 7.

Para Keegan, la guerra como continuación de la política por otros medios fue la noción con que Clausewitz concibió la racionalidad de la guerra al servicio de la política y regulada por determinadas convenciones. La definición, sin embargo, omitía que la guerra en sociedades pre-estatales o no estatales podía ser un fenómeno que no distinguía entre política y otras esferas sociales, sin clara delimitación de su principio y final, de combatientes y no combatientes, ni del empleo de armas legales e ilegales. Estas formas no estatales de la guerra prevalecieron en la historia de la humanidad. Más aún, en el siglo XVIII y XIX, por un lado, los ejércitos regulares o estatales solían reclutar tropas irregulares para efectuar patrullas, reconocimientos y escaramuzas y, por otro lado, las tropas regulares se comportaban al margen de las “leyes de guerra” cometiendo actos de vandalismo, pillaje, asesinato, violaciones, rapto y extorsión sobre los no combatientes. La caracterización de la guerra como continuación de la política por otros medios fue para los oficiales “ilustrados” como Clausewitz *“un cómodo refugio filosófico desde el que considerar los aspectos más antiguos, siniestros y elementales de su profesión”*, una *“teoría universal”* de lo que la guerra *“debería ser más que lo que realmente era o había sido”*.¹⁴

Contra cualquier definición racionalista y universal de la guerra, para Keegan las concepciones y prácticas de la guerra expresan una diversidad de fenómenos sociales y culturales; por tanto, comprende *“mucho más que la política”* y siempre es *“una manifestación de la cultura; en muchas ocasiones, un determinante de las formas culturales, y en algunas sociedades la cultura en sí”*.¹⁵ Consideraba, además, que la Primera Guerra Mundial demostró que la política no desempeñaba necesariamente una función moderadora en la *“guerra real”*, en contraste con la propensión a escalar a los extremos que Clausewitz atribuyó a la *“guerra absoluta”*.¹⁶ En definitiva, Keegan sostenía que la concepción clausewitziana de la guerra fue forjada bajo el influjo de dos instituciones modernas que determinaron la política y el ejército de Prusia entre fines del siglo XVIII y principios del XIX: el Estado y el regimiento. Sobre el sentido histórico asumido por asociación entre los términos política-Estado-guerra en la modernidad efectué algunas

14 Keegan, 2014: 20-21.

15 Keegan, 2014: 29.

16 Keegan, 2014: 41.

consideraciones más arriba. Me interesa por ello detenerme en esta invocación al “regimiento” ¿A qué refiere?

El regimiento es una forma de organización militar surgida en la Europa del siglo XVII para reclutar tropa y controlar las fuerzas armadas. La educación y sociabilidad castrense de Clausewitz se produjo en esos regimientos que constituían “escuelas de la nación” sometidas a una estricta disciplina. Pero aquella institución militar separó a sus integrantes del resto de la sociedad, diferenciándolos por sus propias reglas, rituales y disciplina. En el curso de las guerras contra la Francia revolucionaria e imperial, Clausewitz conoció y combatió contra ejércitos conformados sobre la base de una sociabilidad e identidad muy diferente: la del ciudadano-soldado creado por el servicio militar obligatorio. La fuerza arrolladora y el genio militar de los ejércitos napoleónicos residían en ese ciudadano-soldado, es decir, en un combatiente motivado por la defensa de la nación y por la igualdad y libertad republicana. La constatación de esa innovación francesa colocó a Clausewitz ante un dilema como reformador militar: ¿cómo compatibilizar los ideales de la cultura regimental – “obediencia absoluta”, “valor resuelto”, “sacrificio personal”, “honor” – con el “fervor revolucionario” de los ejércitos franceses? O, más precisamente: *“¿Cómo llegar a las modalidades de guerra llevadas a cabo por los ejércitos de la república francesa y de Napoleón sin caer en la política de la revolución? ¿Cómo lograr una guerra popular sin un estado popular?”*.¹⁷

En suma, para estos historiadores, la caracterización clausewitziana de la guerra como continuidad de la política por otros medios y la trinidad gobierno-ejército-pueblo estaba atravesada por la historia europea del cambio del siglo XVIII al XIX y, en consecuencia, su etnocentrismo debería superarse con una definición más comprensiva.

La guerra clausewitziana como un atributo de la cultura occidental

Keegan analizaba cómo la diversidad cultural determinaba la existencia de diferentes formas de concebir y hacer la guerra. La singularidad de la guerra en Occidente se definía por tres atributos. El elemento moral era tributario de los griegos clásicos,

¹⁷ Keegan, 2014: 36.

quienes en el siglo V a C. prescindieron de las restricciones rituales del “*estilo primitivo*” de la guerra y adoptaron la “*costumbre de combatir cuerpo a cuerpo hasta la muerte*”.¹⁸ Esa forma del combate pasó de los griegos a los romanos y de éstos a otras sociedades occidentales. El contacto entre cristianos y musulmanes dotó a la cultura occidental de una nueva dimensión intelectual: la ética de la “guerra santa” o de la “guerra justa”; aquí el segundo atributo. El tercero era el tecnológico. La cultura occidental se mostró más abierta que otras a la innovación y el desarrollo del cambio tecnológico aplicado a la guerra. Pero esa diferencia no residía tanto en innovaciones materiales como en la predisposición cultural en favor del cambio y sustrayendo la guerra de atavismos y restricciones tradicionales. De este modo, Occidente “*deseñó en el tipo de guerra que Clausewitz postuló como auténtica*”: la “*guerra absoluta*”.¹⁹ Esos tres atributos – decía Keegan – lo volvieron irresistible en sus enfrentamientos contra otras culturas militares; también ocasionaron catástrofes como la Primera y Segunda Guerra Mundial. La guerra nuclear fue culminación del desarrollo tecnológico occidental, pero puede llegar a ser, en caso de librarse, la negación de la continuidad de la política por otros medios. Por último, señalaba que las formas no Occidentales de la guerra contenían lecciones que ofrecer, fundamentalmente, los “principios de restricción” en el empleo de la violencia letal y la refutación del principio clausewitziano de que política y guerra son un necesario *continuum* en el que esta última sería un instrumento de la primera.

La obra colectiva editada por Geoffrey Parker, aun cuando llevaba por título genérico *Historia de la guerra*, se centraba en Occidente.²⁰ El editor era consciente que ese recorte podía ser criticado por etnocéntrico, por lo que alegó que las limitaciones espaciales del volumen así lo impusieron e invocó una razón sustantiva: la conducción occidental de la guerra acabó imponiéndose en los siglos XIX-XX a nivel global y aquellas sociedades que se le resistieron en forma relativamente exitosa fue porque adoptaron o adecuaron sus concepciones bélicas a las de Occidente.

Al igual que van Creveld y Keegan, para Parker cada sociedad o cultura desarrolla sus formas de guerra. La occidental se definió en torno de cuatro atributos: 1) La

¹⁸ Keegan, 2014: 519.

¹⁹ Keegan, 2014: 521.

²⁰ Participaron como autores de capítulos: Victor Davis Hanson, Bernard S. Bachrach, Christopher Allmand, Patricia Seed, John A. Lynn, Williamson A. Murray y el propio Parker.

innovación técnica y capacidad para incorporar tecnología bélica desde el siglo XVII sentó las bases de su futura superioridad tecnológica aplicada a la guerra; 2) la disciplina militar – antes que el parentesco, religión o patriotismo – convirtió a sus combatientes individuales en unidades organizadas – cohortes, compañías, pelotones, etcétera – mediante una severa instrucción y un servicio militar prestado a largo plazo – como el que tempranamente tuvieron los hoplitas griegos en el siglo V a C.; 3) la continuidad de una tradición militar agresiva desde la Antigüedad hasta el presente que, sin embargo, no implicó ataduras intelectuales o morales que restringieran el conocimiento y las prácticas bélicas; 4) la capacidad para financiar la guerra y sus innovaciones, en particular, desde que la incorporación de armas de fuego y defensas artilladas en la modernidad europea elevaron significativamente los costos capital-intensivos de la preparación para la guerra, de modo que sólo un Estado centralizado pudo solventarlos mediante impuestos, empréstitos y, además, a través de la propia guerra, pues, como señalara Charles Tilly, los Estados hacían la guerra y ésta también hizo Estados.²¹ Así pues, el auge de Occidente fue inconcebible sin estos cuatro atributos.

El libro editado por Parker abordaba la historia Occidental de la guerra desde la Antigüedad greco-romana hasta los albores del siglo XXI; en sus páginas finales se preguntaba cuál sería su futuro y respondía: dependerá del mantenimiento del control político sobre las Fuerzas Armadas; de la capacidad para gestionar crisis internacionales e impedir que se conviertan en conflictos de consecuencias impredecibles como la Primera y Segunda Guerra Mundial; y de la disposición para solventar recursos humanos y materiales para la defensa frente a amenazas que no son inmediatamente visibles para los ciudadanos-contribuyentes y que, en ocasiones, requieren del empleo de la fuerza en circunstancias extremas a sabiendas que la opinión pública puede ser renuente a apoyar su financiamiento y tolerar las bajas propias.²²

El valor hermenéutico de un “clásico”

²¹ Tilly, 1992 [1990], véase también la tesis de Estado fiscal-militar: Storrs, 2009.

²² Parker, 2014: 438.

Las interpretaciones sobre las ideas de Clausewitz hasta aquí esgrimidas puede que nos convenzan de que su definición es etnocéntrica, pues según van Creveld comprende apenas la Europa del siglo XVII al XX, los Estados Unidos desde fines del siglo XVIII y eventualmente otras partes del mundo en los siglos XIX-XX. Para Keegan tendría incluso un alcance más restrictivo, pues la política sería una esfera social producida en determinadas sociedades, por tanto, decir que la guerra es continuidad de la política por otros medios supone limitar la definición exclusivamente a sociedades que reconocen dicha esfera; por ello, para este historiador sería analíticamente más preciso y generalizable afirmar que la guerra es siempre expresión de la cultura de una sociedad. A su vez, de acuerdo con Keegan y Parker, la definición clausewitziana condensa atributos sociales propios de la guerra en Occidente. Para Keegan, el combate cuerpo a cuerpo sin restricciones hasta la muerte; la noción de guerra justa; la apertura o flexibilidad ante la innovación y el desarrollo tecnológico bélico. Para Parker: la innovación y superioridad técnica; la disciplina militar basada en la instrucción y el servicio militar de largo plazo; la continuidad de una tradición militar agresiva y sensible a la incorporación de cambios intelectuales, morales y materiales; la capacidad de financiar el esfuerzo bélico capital-intensivo mediante la centralización estatal y con los recursos de una sociedad próspera.

Ahora bien, la estrecha asociación que presupone la definición de Clausewitz entre los términos guerra, política y Estado es, efectivamente, históricamente singular y, en consecuencia, cualquier pretensión de universalizarla o generalizarla encontrará interpretaciones críticas bien fundadas al menos por tres razones. Porque cada sociedad o cultura concibe y practica la guerra de un modo específico. Porque no todas las sociedades o culturas definen una esfera social en los términos en que en Occidente contemporáneo – posterior a la Revolución Norteamericana de 1776 o a la Revolución Francesa de 1789 – caracteriza a la “política”. Por último, porque hay una discusión conceptual y categorial acerca del Estado, según la cual, como institución histórica, no puede ser homologada con cualquier configuración del poder o del poder político.

Hechas estas precisiones, Clausewitz puede ayudarnos provechosamente a encontrar respuestas – no universales, pero sí analíticamente generalizables – a la pregunta sobre qué es la guerra. Por tanto y como dice el dicho, conviene no arrojar el niño con el agua sucia, pues el valor hermenéutico de un “clásico” de la teoría de la guerra, la teoría

política o la teoría social no consiste en erigir sus tesis en verdades absolutas – incluso cuando éstas pudieran haber sido formuladas con ese fin. El valor de un “clásico” deviene de la originalidad y potencialidad interpretativa de su obra. Ésta, por un lado, nos demanda un análisis en sus propios términos y lógica argumentativa, el reconocimiento de sus interlocutores pasados y presentes, así como la comprensión de los contextos históricos de producción, circulación, apropiación y re-significación de sus ideas. Por otro lado, un “clásico” nos habilita a que lo interpelemos desde nuestro presente para elucidar nuestros intereses y dilemas intelectuales, políticos u otros. En suma, como un viejo profesor supo decirme décadas atrás: “mire, un ‘clásico’ es como un *sparring* en el *box*: no está para vencerlo en combate sino para cruzar guantes con él, aprender entrenándose y enfrentar mejor su próxima pelea de fondo”.²³

Es por ello que, pienso, la definición clausewitziana de la guerra plantea cuestiones fundamentales de interés para el debate teórico, metodológico y sustantivo de la renovación historiográfica actualmente en curso en la Argentina sobre los estudios de la guerra. Pero antes de avanzar, brevemente, recuerdo que la pretensión del artículo no es ofrecer una puesta en valor o una crítica teórica sistemática de la obra de Clausewitz, ni elaborar un estado del arte de interpretaciones teóricas acerca de ella. En este apartado en particular, el objetivo, sí, es destacar ocho cuestiones que pueden ser de interés para quienes investigamos la guerra, los militares y otras fuerzas de guerra.

Primera. La guerra es confrontación de voluntades que recurren potencial o efectivamente a la violencia física a través de un combate con efusión de sangre. “*La guerra es pues un acto de violencia para obligar al contrario a hacer nuestra voluntad*”.²⁴ Para que la guerra se produzca tiene que existir un consentimiento mutuo, es decir, independientemente que una voluntad asuma una actitud ofensiva o defensiva, ambas deben ofrecerse efectiva o potencialmente para el combate; por ello “*el más pequeño de los objetivos que podemos fijarnos es la pura resistencia, es decir, la lucha sin una intención positiva*”.²⁵

23 Quizá el lector no comparta esta definición si, razonablemente, aspira a criticar al “clásico” superándolo teóricamente. Reconozco que mis preocupaciones historiográficas y etnográficas – antes que en favor de una teoría de síntesis – condicionan el modo en que me relaciono con los “clásicos” para comprender problemas y objetos de estudio en investigaciones empíricas.

24 Clausewitz, 2005: 17.

25 Clausewitz, 2005: 38.

Para Clausewitz, la defensa se diferencia del ataque sólo en términos relativos como una actitud circunstancial de espera y rechazo, pero contiene en sí potencialmente el cambio a una actitud ofensiva, pues la defensa absoluta contradice el concepto de guerra. La defensa no es, por ende, negación de la guerra sino intención negativa; la voluntad que defiende no es inerme; posterga la decisión en el combate para otra ocasión.²⁶

La violencia ejercida en forma potencial o efectiva por voluntades en una guerra solo es aquella que implicaba efusión de sangre, es decir, violencia física en combate. Sólo las “*almas filantrópicas*” piensan que es posible desarmar o derrotar al enemigo “*sin causar demasiadas heridas*” o “*sin reparar en la sangre*”.²⁷ La violencia que clasifica como “guerra” es aquella que produce efectos físicos – una “*descarga sangrienta*” – en el adversario o en la propia tropa: “*Es un conflicto de grandes intereses que se resuelve de manera sangrienta, y sólo en eso se distingue de otros*”.²⁸ Esta precisión nos previene contra usos inflacionarios de la “guerra” como categoría analítica o descriptiva – “guerra económica”, “guerra judicial” –, contra usos equívocos o redundantes – “guerra política” – o usos indiferenciados – “guerra” como equivalente a cualquier tipo de “conflicto”.

En tanto confrontación de voluntades, la guerra es “*interacción*” entre “*dos fuerzas vivas*”.²⁹ Esa interacción entre combatientes provoca el “*ascenso a los extremos*” debido a que los adversarios no reconocen límites a la aplicación de la violencia y porque cada contendiente teme ser derrotado por el otro mientras este conserve su voluntad de lucha. Como veremos, para Clausewitz, solo los objetivos políticos de la guerra introducían cierta moderación en la propensión de la “guerra absoluta” a escalar a los extremos.

Segunda. La “guerra absoluta”, es decir, su “concepto puro” o “abstracto”, constituye un acto de violencia donde se fuerza al adversario a hacer la voluntad de su oponente dejándolo material y moralmente indefenso. Ese concepto de “guerra absoluta” –

26 No profundizaré en la noción de superioridad relativa de la defensa sobre el ataque. Señalo apenas que como la guerra puede ser librada entre Estados de muy desiguales capacidades bélicas, la defensa como intención negativa puede ser un recurso eficaz del más débil, pues “*la mera duración de la lucha bastaría para llevar poco a poco el gasto de energías del adversario al punto en el que el objetivo político del mismo ya no guarda equilibrio, y en el que por tanto tiene que renunciar a él. Se aprecia pues que este camino, el del agotamiento del adversario, comprende el gran número de casos en el que el débil quiere resistirse al poderoso*”, Clausewitz, 2005: 39.

27 Clausewitz, 2005: 18.

28 Clausewitz, 2005: 106.

29 Clausewitz, 2005: 19-20.

equiparada a un duelo entre individuos – es una referencia teórica ideal en relación con la cual se referencian las guerras históricas o la “guerra real”. Pero esta última no se desarrolla taxativamente conforme a la lógica de la “guerra absoluta”. En la “guerra real” intervienen fricciones objetivas y subjetivas que determinan el accionar de los combatientes, entre las cuales se cuentan las mediaciones de la política. En la lógica de esta última, el aniquilamiento de la voluntad de lucha del enemigo es sólo un medio para alcanzar un fin político. Se explicaba por eso *“cómo sin contradicción alguna puede haber guerras de todos los grados de importancia y energía; desde la guerra de aniquilación hasta la mera observación armada”*.³⁰

La importancia analítica de esta distinción entre “guerra absoluta” y “guerra real” no radica en la obvia distinción que existe entre el ideal teórico y sus realizaciones históricas; ante todo es un llamado de atención sobre cuál es la lógica específica o autónoma a la propende la guerra (“absoluta”) librada de cualquier determinación externa (“real”), esto es, la “escalada a los extremos” en el recurso de la violencia física. Ese papel racionalizador de la política en el uso de la violencia letal desplegada por los combatientes en un conflicto bélico es un rasgo distintivo de la concepción clausewitziana de la política y la guerra.³¹

Tercera. La guerra se sirve del combate como medio para alcanzar su fin específico que es el aniquilamiento de la voluntad de lucha de las fuerzas enemigas:

El combate es la única actividad en la guerra; en el combate, la aniquilación de la fuerza que se nos opone es el medio para el fin, es el fin en sí mismo allá donde el

30 Clausewitz, 2005: 25. Sobre el sentido del término “aniquilamiento”, el militar prusiano era explícito cuando enfatizaba no sólo – ni tanto – su dimensión material sino subjetiva: *“Las fuerzas armadas tienen que ser aniquiladas, es decir, puestas en tal estado que no puedan proseguir la lucha”*, Clausewitz, 2005: 34. Esto último implicaba el *“agotamiento de las fuerzas físicas y de la voluntad”*, Clausewitz, 2005: 38.

31 Sin embargo, esta no es la interpretación de René Girard, 2010 [2007], para quien la guerra no es otra cosa que un duelo amplificado, la política es incapaz de contener el crecimiento recíproco de la violencia en las relaciones sociales y, en consecuencia, la escalada a los extremos es la única ley efectivamente válida en la historia de la humanidad. Girard invertía por ello la definición de Clausewitz: la escalada a los extremos hace que los medios bélicos determinen los fines políticos – esta interpretación es, sin dudas, tributaria de su teoría mimética de las relaciones humanas, Laleff Ilieff, 2021 –. Tal es también la perspectiva crítica de Michel Foucault, 2000 [1997]: 29, cuando propuso *“invertir el aforismo de Clausewitz”*, pues, si el poder es despliegue de relaciones de fuerza, combate o enfrentamiento, por ende, la política es continuación de la guerra por otros medios. Para Foucault, por un lado, la política reinscribe el combate en las instituciones, desigualdades económicas, en el lenguaje de la sociedad y hasta en los cuerpos de sus miembros. Por otro lado, en las luchas políticas y en el sistema político se objetivan secuelas de la guerra. Y, por último, la decisión final de las relaciones de fuerza política sólo puede ser dirimida en una batalla por las armas.

*combate no llega a producirse de hecho, porque la decisión del mismo se basa en el supuesto de que la aniquilación ha de considerarse indudable. Porque la aniquilación de la fuerza armada enemiga es la base de todas las acciones bélicas [...] La decisión por las armas es, para todas las operaciones grandes y pequeñas de la guerra, lo que el pago en efectivo es para el comercio; por alejada que pueda ser su relación, por raras que sean las realizaciones conseguidas, del todo no pueden faltar nunca*³²

El combate – continuaba Clausewitz – supone una “ley suprema”: la “*decisión de las armas*”. Sin embargo y como se ha dicho, la guerra no existe al margen de la política y ésta dispone de la guerra – con sus combates, maniobras y campañas – como instrumento. En este sentido, la guerra tiene “*su propia gramática, pero no su propia lógica*”.³³ Por ende, la política no cesa con la guerra, sino que “*mantiene su esencia sean cuales sean los medios de que se sirva*”.³⁴

¿Qué era entonces la política para Clausewitz? Su respuesta era sintética y contundente: “*la inteligencia del Estado personificado*”.³⁵ La política – idealmente – era un “mero administrador” que “equilibra” los intereses de un Estado y en las relaciones entre Estados; pero no negaba que también pudiera servir preferentemente a la ambición e interés privado de los gobernantes. Sin embargo, a los efectos de su definición y de la relación de subordinación que atribuía a la guerra respecto de la política, prefería contemplarla “*como representante de todos los intereses de toda la sociedad*”.³⁶ La política permeaba todo en la guerra: el poder propio y el del adversario, las alianzas, el carácter del pueblo y del gobierno.³⁷ Por ello no había que buscar las causas de las innovaciones en el “arte de la guerra” introducidas por la Revolución Francesa en razones militares sino en los cambios políticos que ésta produjo “*en el arte del Estado y la Administración, en el carácter del Gobierno, en el estado del pueblo, etcétera*”.³⁸ Los Estados que se enfrentaron a los ejércitos de la Francia revolucionaria e imperial fracasaron cuando no

32 Clausewitz, 2005: 41.

33 Clausewitz, 2005: 668.

34 Clausewitz, 2005: 668.

35 Clausewitz, 2005: 32.

36 Clausewitz, 2005: 670.

37 Clausewitz también era consciente que la política no permeaba homogéneamente todos los fenómenos de la guerra con igual profundidad, pues “*no se destacan avanzadillas de caballería ni se dirige una patrulla conforme a consideraciones políticas; pero tanto más decidida es la influencia de este elemento en el diseño de toda la guerra, de la campaña y a menudo incluso de la batalla*”, Clausewitz, 2005: 669-670.

38 Clausewitz, 2005: 673.

comprendieron el origen político de esos cambios que no podían ser afrontados exitosamente con una concepción puramente militar.

Cuarta. La guerra es un fenómeno situado. Su análisis no puede reducirse a explicaciones lógicas formales, matemáticas o doctrinarias, porque la comprensión histórica de las voluntades enfrentadas demanda indagar en las concepciones y prácticas de los actores sociales, así como en las dimensiones sociales, culturales, políticas, económicas y tecnológicas implicadas o determinantes de la misma. Y aunque las definiciones y casos históricos *De la guerra* tenían por referencia la Europa de los siglos XVII hasta principios del XIX, no escapaba a su entendimiento de que en cada sociedad o cultura asumía formas propias: “*Tártaros semibárbaros, repúblicas del mundo antiguo, señores feudales y ciudades comerciales en la Edad Media, reyes del siglo XVIII, finalmente príncipes y pueblos del siglo XIX: todos hacen la guerra a su modo, la hacen de forma distinta, con otros medios y persiguiendo otro objetivo*”.³⁹

También consideraba que la geopolítica europea de la segunda mitad del siglo XVIII tenía sus particularidades: impedía a cualquier Estado “disparar un cañonazo” sin ocasionar el involucramiento inmediato de los gabinetes de guerra de todos los soberanos. De este modo, se evitaba la decisión en el combate. La Revolución Francesa y las guerras que la Francia revolucionaria e imperial hizo trizas ese *statu quo*:

*Repentinamente, la guerra había vuelto a ser cosa del pueblo, y de un pueblo de treinta millones, que se consideraban todos ciudadanos [...] Con esa participación del pueblo en la guerra, en vez del gabinete y su ejército fue todo el pueblo el que puso su peso natural en la balanza. Ahora los medios que se aplicaban, los esfuerzos que podían ser ofrecidos, ya no tenían un límite preciso; la energía con la que se podía librar la guerra misma ya no tenía contrapeso alguno, y en consecuencia el riesgo para el adversario era extremo [...] Como en las manos de Napoleón todo esto alcanzó su perfección, este poder bélico apoyado en toda esa fuerza popular avanzó destructor por Europa con tal seguridad y confianza que, donde solo se le opuso el viejo poder militar, siquiera hubo un momento de duda*⁴⁰

El cambio en la cultura de guerra que produjo la sociedad revolucionaria francesa mostró una vez más, el rostro camaleónico de la guerra. La única respuesta posible ante el desafío impuesto por esa transformación que arrollaba ejércitos del Antiguo

39 Clausewitz, 2005: 645.

40 Clausewitz, 2005: 652.

Régimen fue adoptar algunos atributos militares promovidos por ese cambio social y cultural en sus ejércitos, pero sin reformar sus sociedades ¿Cómo hacerlo? La solución posible era modificando y ampliando la base de reclutamiento de oficiales y tropa de esos ejércitos y sus reservas; sólo así – entendieron los reformadores militares prusianos – la guerra se volvería una causa popular y los ejércitos se servirían de la fuerza material y moral del pueblo en el combate.⁴¹

La Revolución Francesa hizo propender la “guerra real” hacia los extremos de violencia recíproca asociada con la “guerra absoluta”. La causa de esa transformación era la participación del “pueblo” en esa cuestión de Estado que era la guerra, pues – como destacara Girard – imponía en el combate el sentimiento de hostilidad de la pasión guerrera por sobre la intención hostil o la decisión razonada de combatir.⁴² El general prusiano se preguntaba si aquellos cambios serían inevitables y definitivos; respondía que era imposible saberlo con certeza, aun cuando resultaba improbable que pudieran ser soslayados en las guerras del futuro.

Quinta. La trinidad gobierno-ejército-pueblo posee una existencia histórica propia de la modernidad occidental, aun cuando Clausewitz reconocía en ella atributos permanentes de la guerra que trascendían sus cambios de naturaleza:

...una fantástica trinidad compuesta de la violencia originaria de su elemento, el odio y la enemistad – que han de considerarse un ciego instinto elemental –, del juego de las probabilidades y del azar – que las convierten en una libre actividad del espíritu – y de su naturaleza subordinada de herramienta política, que hace caer dentro del mero entendimiento⁴³

Estos elementos estaban asociados con el pueblo, el ejército y el gobierno, respectivamente:

Las pasiones que han de inflamarse en la guerra tienen que estar presentes ya en los pueblos; el alcance que el juego del valor y el talento tendrán en el reino de las probabilidades del azar depende de las peculiaridades del general y del ejército, pero las finalidades políticas incumben solamente al Gobierno⁴⁴

41 La otra alternativa fue seguida por los pueblos en España (1808-1813) y Rusia (1812) ante la ocupación napoleónica: “pequeñas guerras” o “guerra de guerrillas”.

42 Girard, 2010: 27.

43 Clausewitz, 2005: 33.

44 Clausewitz, 2005: 33.

Haciendo propios los análisis de van Creveld y Keegan considero que la trinidad no es universal; pero también pienso que como Clausewitz no incluye en ella el término Estado, desde un punto de vista más general, es un concepto que destaca la importancia de las formas subjetivas asumidas por las voluntades en lucha en la guerra. Sexta. La guerra necesita de recursos materiales, pero, ante todo – digámoslo una vez más – es confrontación de voluntades con potencial o efectiva efusión de sangre y, por ende, es clave el conocimiento de las dimensiones subjetivas – intelectuales, morales, psicológicas – de las personas que las libran; en otros términos: la guerra no es sólo un asunto de tecnología, armamentos, materiales y equipos. En la guerra, las “*principales potencias morales*” eran: el “*talento del general*” – la conducción en la guerra como actividad libre del espíritu –, la “*virtud militar del ejército*” – su instrucción, cohesión, espíritu de cuerpo – y el “*espíritu del ejército*” – entusiasmo, celo fanático, fe, opinión.⁴⁵ Clausewitz reconocía que los recursos materiales empleados por los ejércitos podían determinarse cuantitativa y cualitativamente con relativa sencillez, pero mucho más difícil era estimar la fuerza de voluntad de los combatientes en una guerra ¿Cómo calcular la fricción ocasionada por el miedo ante el peligro? ¿Cómo determinar el peso de las incertezas en las decisiones tomadas por políticos y militares? Esto era más complejo de mensurar en términos individuales y colectivos que contabilizar balas y fusiles.

Séptima. La victoria militar no es igual o el equivalente de la victoria política. De igual modo, las campañas, maniobras y batallas no se estudian como hechos militares puros o exclusivamente en sus aspectos técnicos sin comprender sus relaciones con los objetivos políticos de la guerra y con las condiciones impuestas para alcanzar la paz. El objetivo de la guerra es el sometimiento de la voluntad de lucha del adversario; sin embargo, para lograr ese objetivo no siempre es necesario la entera conquista del Estado enemigo o el aniquilamiento físico de su ejército. Esto es consecuencia de las mediaciones que la “guerra real” impone a la lógica de la “guerra absoluta”. Así pues, si la noción de victoria militar debe ser analíticamente distinguida de la victoria política, es preciso reconocer los sentidos atribuidos por Clausewitz a las categorías táctica, estrategia y política en la dirección o el arte de la guerra: “*la táctica es la doctrina del uso de las fuerzas armadas en el combate, la estrategia la doctrina del uso de los combates para los fines de*

45 Clausewitz, 2005: 149.

la guerra”.⁴⁶ Estos últimos – como ya se ha dicho – son los fines políticos definidos por la “inteligencia del Estado”.

Octava. Las voluntades en lucha no solo se enfrentan entre sí sino a la intervención de fuerzas impersonales (la naturaleza) y el azar o las contingencias históricas. En la guerra todo es probabilidad e incertidumbre. Las incertezas son una constante con la cual deben lidiar los jefes militares y una advertencia para los historiadores que, *ex post facto*, pretendan encontrar plena racionalidad en las decisiones y comportamientos de los actores sociales implicados en una guerra. “*El arte de la guerra tiene que ver con fuerzas vivas y con fuerzas morales*”.⁴⁷

Por tal motivo, la historia militar provee una casuística diversa que orienta al conductor militar en la formación de su espíritu crítico y la toma de decisiones en escenarios bélicos, es decir, es un saber científico puesto al servicio del “arte de la guerra”. Del mismo modo, la historia militar podía alimentar la definición de problemas o hipótesis generales sobre la interpretación de los fenómenos más permanentes de la guerra, pero, en definitiva, no debía omitir las singularidades de cada guerra. Parafraseando al antropólogo Clifford Geertz: la teoría de la guerra es una forma de conocimiento local.⁴⁸ Para Clausewitz los usos hermenéuticos de la teoría de la guerra debían adaptarse a las circunstancias bélicas concretas y, por ende, aquella no podía ser comprendida ni instrumentada como una doctrina positiva que sirviera al conductor militar como guía de acción al margen de cualquier situación o como un modelo de interpretación para que el historiador establezca leyes históricas universales.

Esta asociación que propongo entre el militar prusiano y el antropólogo norteamericano no es enteramente caprichosa, pues Clausewitz se esforzó – evidentemente sin éxito pleno – por alcanzar una definición de la guerra que comprendiera sus atributos permanentes, generales o pretendidamente universales, pero consciente de que cada sociedad o cultura producía sus guerras e imponía sus propias reglas habilitantes o limitativas a los actores sociales en el combate. Él enunció esa tensión analítica destacando, por un lado, que cada época tenía “*su propia teoría de la guerra*” y que, por esto mismo, las “*anécdotas de cada época tienen que ser por tanto juzgadas*

46 Clausewitz, 2005: 81.

47 Clausewitz, 2005: 30.

48 Geertz, 1994 [1983].

teniendo en cuenta sus particularidades”.⁴⁹ Esto implicaba la necesidad de comprender el punto de vista de los actores sociales analizados en su contexto, dando cuenta de “*todo lo que sabía y motivó su actuación*”.⁵⁰ Por otro lado, este presupuesto no invalidaba el esfuerzo intelectual por comprender esas especificidades “*conforme a principios filosóficos*”, dado que “*esta dirección de la guerra condicionada por las circunstancias de los Estados y del poder bélico tiene que llevar en sí algo más general, que es con lo que tiene que tratar ante todo la teoría*”.⁵¹ Por su parte, Geertz consideraba que el conocimiento social es siempre una interpretación situada y, por tanto, el desafío de las ciencias sociales y humanas es comprender la diversidad social y cultural expresada en las concepciones y prácticas de los actores sociales y formular preguntas, problemas, hipótesis provisionales de alcance más generalizable. Entre esas teorías locales y una teoría más comprehensiva de las sociedades y culturas oscilaría el conocimiento científico.

Sé que no he sido en absoluto exhaustivo destacando solo esas ocho cuestiones que suscita la lectura, interpretación y diálogo provechoso con la obra magna de Clausewitz y algunos de sus intérpretes, pero entiendo que, por un lado, se trata de cuestiones relevantes para comprender la guerra como un fenómeno socio-cultural e históricamente situado y para considerarla desde una perspectiva de análisis más amplia y plural y, en consecuencia, más generalizable. Y, por otro lado, estas cuestiones pueden suscitar el interés académico de los historiadores que en Argentina investigamos desde diferentes perspectivas historiográficas sobre la guerra, militares y otras fuerzas de guerra. En relación con esto, planteo a continuación preguntas, problemas y posibles respuestas.

Clausewitz y la historiografía argentina del siglo XXI

En la Argentina, la “historia militar” reconoce antecedentes decimonónicos en la obra historiográfica de Bartolomé Mitre⁵² y desde principios del siglo XX pivotea entre investigaciones disciplinares y su contribución a la formación de oficiales como

49 Clausewitz, 2005: 653.

50 Clausewitz, 2005: 123.

51 Clausewitz, 2005: 653.

52 Di Meglio, 2007.

conductores militares.⁵³ Rabinovich sostiene que se abocó principalmente al estudio de campañas, batallas y ejércitos, permaneciendo al margen de la renovación de la historiografía académica argentina en la segunda mitad del siglo XX; en contrapartida, esta última se desentendió de esos temas, en particular, de la historia del combate y los combatientes.⁵⁴ Para este historiador, el desafío historiográfico presente consistiría en pasar de la tradicional “historia militar” a una “verdadera Historia de la Guerra” que comprenda los fenómenos bélicos en sus relaciones con la economía, sociedad y la política.⁵⁵

Teniendo en cuenta ese diagnóstico, pienso que en el siglo XXI, por un lado, una “historia militar” renovada debería afrontar en la Argentina el desafío de inscribir sus análisis sobre estrategia, táctica, campañas, maniobras, batallas y combates – entre otras cuestiones habitualmente tenidas como específicamente militares – en los contextos o en sus relaciones con acontecimientos, procesos, instituciones, actores y otros fenómenos sociales y culturales expresivos de las sociedades en las cuales se producen las guerras. Y, por otro lado, una “historia cultural” o “historia social y cultural de la guerra” debería sobreponerse a los arraigados preconceptos que aún persisten en los medios académicos universitarios y científicos argentinos – especialmente acerca del estudio de las fuerzas militares de línea, regulares o permanentes – e incorporar el combate y los combatientes en sus investigaciones comprehensivas sobre la guerra. En mi opinión, quienes nos reconocemos en la actual renovación – y sin que esto sea una propuesta excluyente – deberíamos destinar esfuerzos a la lectura de primera mano, interpretación crítica y debate teórico e historiográfico sobre la obra de Clausewitz y sus intérpretes, pues – como decía arriba – proporciona cuestiones para el diseño de una agenda de temas que interpele a ambas corrientes historiográficas y comprenda el estudio de la guerra y sus protagonistas combatientes y no combatientes.

Ahora bien, en la introducción del artículo preguntaba: ¿en qué medida el ejercicio de lectura e interpretación de un “clásico” como Clausewitz clarifica nuestro conocimiento de las relaciones entre teoría del Estado, teoría política y teoría del poder en el estudio histórico de la guerra? Hace casi dos décadas, Darío Barraza formuló

53 Cornut, 2020 y Soprano, 2021.

54 Rabinovich, 2017.

55 Rabinovich, 2015b.

propuestas todavía vigentes sobre los debates historiográficos referidos al estudio de la política que, a mi entender, son útiles también para pensar este interrogante.⁵⁶ Este historiador argentino recordaba que el Estado es una forma específica de manifestación del poder político y que, por ello mismo, la teoría del Estado no debía confundirse con la teoría del poder o la teoría de la política. Siguiendo sus argumentos, cabría considerar la teoría del Estado como un componente de la teoría de la política e inscribir esta última en una teoría del poder. De igual modo, una teoría de la guerra que no se reduzca a sus exclusivas formas estatales u occidentales, debería ser inscripta en una teoría más general (sea del Estado, sea del poder político, sea del poder en general, según corresponda).

Por su parte, Rabinovich –siguiendo a Foucault – “invierte a Clausewitz” con el objeto de definir a la política y el Estado como continuación o como un producto de la guerra.⁵⁷ En virtud de esa reformulación de las relaciones entre los términos guerra, política y Estado, este historiador prefiere enfocar sus investigaciones en el “estado de guerra” como un *“modo de ser de una determinada sociedad, que puede ser transitorio o permanente, en el que la guerra determina de forma predominante los modos de funcionamiento sociales”*.⁵⁸ Por esa vía, la historia de la guerra se diversifica considerando sociedades con Estado o sin Estado, diferentes motivaciones y causas de actores sociales, dimensiones (económicas, sociales, políticas, culturales), combatientes militares y no militares y los no combatientes.

Otro interrogante que formulé al comenzar este artículo fue: ¿qué relaciones es posible establecer entre una teoría de la guerra y la casuística histórica, especialmente, atendiendo al énfasis que una “historia cultural” o “historia social y cultural de la guerra” debería otorgar – según considero – a la comprensión situada de las perspectivas y experiencias de sus protagonistas, tanto combatientes como no combatientes? En mis estudios de posgrado aprendí una definición programática de antropólogos brasileños que fundaron el Núcleo de Antropología de la Política. Para aquellos colegas, el conocimiento antropológico de la política y los políticos no puede determinar apriorísticamente qué o quiénes constituyen su objeto de estudio, pues una

⁵⁶ Barrera, 2002.

⁵⁷ Rabinovich, 2015b; Foucault, 2000 [1997].

⁵⁸ Rabinovich, 2015b: 2.

antropología social debía producir una comprensión holística y contextual de los mismos; por tal motivo, decían que no cultivaban una antropología política sino una antropología de la política. Así pues, los términos de esta última categoría destacaban, por un lado, la opción por un enfoque y método antropológico o etnográfico y, por otro, la referencia a su objeto, la política, que debía ser analizada comprendiendo situacionalmente los sentidos nativos en sus propios términos, lógicas de uso y en sus relaciones con otros fenómenos.⁵⁹

Recordando aquello pensé que otro tanto podría decirse de los términos historia y guerra. Pero ¿por qué acompañamos el término historia con otros dos: social y cultural? Por un lado, porque creo que así se demuestra interés por las dimensiones sociales y culturales del fenómeno bélico y de los actores sociales abordados en la guerra o en relación con ella. Por otro lado, porque sospecho motivos programáticos, institucionales e incluso políticos: destacar una diferencia respecto de la “historia militar” y de los “historiadores militares”, es decir, definir la membresía a un grupo disciplinar preferentemente inscripto en universidades nacionales y en el CONICET, que se distingue de – diría se construye en oposición con – quienes tradicionalmente centraron sus estudios en campañas, maniobras, batallas y en otros aspectos de la guerra tenidos como técnicos y militares y tienen membresía en instituciones castrenses, universidades privadas, la Academia Nacional de la Historia, los Institutos Nacionales Sanmartiniano, Browniano y Belgraniano y el Instituto Argentino de Historia Militar.

Decía más arriba que la opción teórica y metodológica en favor de una “historia cultural” o “historia social y cultural de la guerra” enfatiza el análisis de las perspectivas y experiencias de los protagonistas de la guerra, combatientes y no combatientes. Sus cultores destacan la importancia de conocer una pluralidad de actores sociales implicados en las guerras que no pueden circunscribirse solo a los líderes políticos y militares que acaparan las máximas responsabilidades en la toma de decisiones. De este modo, se visibilizan soldados, suboficiales y oficiales subalternos de las fuerzas regulares, pero también integrantes de otras fuerzas de guerra como milicianos y guardias nacionales, mercenarios, montoneros, indios amigos y enemigos; por otro

59 NuAP, 1998.

lado, se hace foco en los no combatientes como mujeres, niños, intelectuales, diplomáticos, periodistas, miembros de asociaciones etno-nacionales, comerciantes, etcétera.⁶⁰

La comprensión de las perspectivas y experiencias de los actores sociales conlleva un desafío metodológico: si se presta atención a las categorías nativas, sus sentidos y usos situados, cabe determinar cuándo esos sujetos invocan la existencia de una “guerra”, cómo la definen, quiénes participan como combatientes, con qué medios, qué reglas explícitas o tácitas regulan las relaciones entre combatientes y entre éstos y los no combatientes. Al respecto, quisiera detenerme en dos artículos que reflexionaron sobre esta cuestión metodológica y sus consecuencias sustantivas: uno de Alejandro Rabinovich y otro de quien escribe.⁶¹

En su análisis sobre las denominadas “guerras civiles argentinas” de la primera mitad del siglo XIX, Rabinovich señala que esa categoría alude a una diversidad de conflictos bélicos sucedidos entre 1814 y 1880 cuya unidad analítica merece ser puesta en discusión, pues: *“Las luchas así agrupadas son muy heterogéneas, ya sea desde el punto de vista de los actores involucrados, sus motivaciones, sus identidades o sus métodos de lucha”*.⁶² En realidad – continuaba – la categoría es una forma negativa de clasificar los enfrentamientos armados que la historiografía no pudo definir claramente como “internacionales” – como la “Guerra de la Independencia”, “Guerra contra el Brasil”, con la “Confederación Perú-Boliviana” o la “Guerra del Paraguay” – ni se correspondían con la llamada “guerra contra el indio”. Por ello, desde enfoque historiográfico diferente deberían formularse preguntas tales como:

*¿Esta manera de clasificar los conflictos es legítima? ¿Acaso la guerra de la Independencia no fue un conflicto civil en el interior de la nación española? ¿Los gauchos de Río Grande del Sur eran para los paisanos orientales de 1827 más extranjeros que los porteños? ¿En qué medida la Confederación Argentina y la Confederación Perú-Boliviana de 1836 representaban a naciones enfrentadas? ¿La guerra del Paraguay es escindible de los poderosos levantamientos de montoneras ocurridos bajo el signo federal?*⁶³

60 Véase el precursor de María Inés Tato sobre las perspectivas y experiencias de los argentinos no combatientes en relación con la Primera Guerra Mundial, Tato, 2017. También Tato, Pires & Dalla Fontana, 2019 y Tato & Dalla Fontana, 2020.

61 Rabinovich, 2015a y Soprano, 2019.

62 Rabinovich, 2015a: 137.

63 Rabinovich, 2015a: 137-138.

Dichas preguntas evitaban aplicar categorías extemporáneas y esquemas de interpretación internacional europeo al Río de la Plata o la Argentina del siglo XIX, donde se estaban definiendo el contenido y las fronteras de las naciones en construcción que emergieron de la crisis de la dominación imperial hispánica. El desafío aquí consiste en “*interrogar a los actores de los conflictos civiles*”, comprender “*la lógica de la violencia según los actores*”, pues las actitudes sociales ante la violencia organizada son un indicio que permite diferenciar los conflictos “*realmente civiles de aquellos en los que los combatientes creen estar haciendo frente a un ‘extranjero’, a un ‘otro’ radical*”.⁶⁴ En consecuencia, el carácter “civil” o “interno” (“stasis”) e “internacional” o “externo” (“polemos”) de un conflicto bélico demanda el conocimiento de los puntos de vista nativos antes que una aplicación apriorística informada por un modelo teórico o tomada de otro contexto histórico.

Por mi parte, problematicé la cuestión metodológica del estatus de las perspectivas y experiencias de los actores sociales que se reconocen sumidos o protagonistas de una guerra.⁶⁵ Propuse una interpretación crítica de la historiografía sobre el tema de la violencia política y el terrorismo de Estado en la Argentina de la década de 1970 centrándome en los “combatientes militares” – fuerzas de guerra militares – y de los “combatientes revolucionarios” – otras fuerzas de guerra no militares.⁶⁶ Sostuve como hipótesis que, aunque en esos años el Estado argentino y otros Estados desconocieron la existencia de una “guerra interna”, “guerra civil” o “guerra no internacional”, esto no inhibía investigar las perspectivas y experiencias de quienes se consideraban protagonistas de una “guerra revolucionaria”, “contrainsurgente”, “popular prolongada” o “de liberación nacional”. De este modo, ante la pregunta de si hubo o no hubo una “guerra” señalé que la respuesta no sólo dependía del enfoque teórico o político adoptado por el analista sino, sobre todo, de las perspectivas y experiencias situadas de los actores sociales. De allí que, por un lado, decía que para afirmar si hubo o no una “guerra” no alcanza con consignar si el Estado reconoció o desconoció su existencia – aun cuando ésta no es una cuestión menor. Y, por otro lado, consideraba

⁶⁴ Rabinovich, 2017: 138-139.

⁶⁵ Soprano, 2019.

⁶⁶ Véase también: Lorenz, 2015.

que constatar que la mayoría de los miembros de la sociedad argentina desconocían la existencia de una “guerra” es un dato insoslayable, pero que no se contrapone necesariamente con el reconocimiento de una apreciación contraria entre connotados sectores de la misma como miembros de las Fuerzas Armadas, de organizaciones armadas irregulares y aún de dirigentes políticos. Por último, afirmé que el carácter mutante de la guerra tiene por consecuencia que la definición de qué es o qué no es una guerra es igualmente cambiante; en otros términos, no existe una unidad de medida que determine – con precisión objetiva y universalista – qué es o no es en cualquier circunstancia y para cualquier actor social.

Estos dos artículos habilitan otras discusiones. Hernán Cornut recientemente ofreció argumentos críticos en relación con problemas hermenéuticos que suscitaría ese énfasis en las perspectivas y experiencias de los actores sociales. Señala que el “concepto de cultura de guerra”:

...ha dado lugar a una extensión de la guerra hacia otras (casi todas) manifestaciones de violencia por parte de actores heterogéneos, no circunscriptos a los parámetros estatales tradicionales y con diversos intereses sectorizados en grupos, minorías, condiciones étnicas, raciales y también religiosas. Este nuevo enfoque horizontaliza los matices propios de la violencia según espacios, tiempos e intereses, tornando difuso el estudio y, más aún, entorpeciendo la identificación de las causas del conflicto que se trate. El hecho de englobar bajo un mismo rótulo de violencia a los fanatismos religiosos, el crimen organizado, los reclamos sociales, los desplazamientos forzados, las disputas étnicas, la guerra entre Estados y al terrorismo – no ya como vector ofensivo sino como actor estratégico – tiende a diluir las diferencias y omite las singularidades que cada caso demanda para ser cabalmente comprendido e historiado⁶⁷

La prioridad otorgada a las perspectivas y experiencias de los actores sociales, por un lado, concita – en palabras de este autor – un desplazamiento del foco de análisis de los actos a los actores y, por otro, amplía los atributos de lo bélico a fenómenos heterogéneos que apenas tienen en común el ser formas de violencia más o menos extrema. Esto también diluye o multiplica el universo de combatientes incorporando partisanos, guerrilleros, milicias, montoneras, entre otros, es decir, actores sociales que

⁶⁷ Cornut, 2020: 21.

tomaron las armas “*más allá de la condición de tropa regular o irregular a la cual se refirió extensamente Carl Schmitt*”.⁶⁸

Para poder volver a delimitar con mayor precisión ese “*verdadero camaleón*” que cambia constantemente sus formas históricas, Cornut propone retomar tres atributos de la teoría clausewitziana de la guerra:

*En primer lugar, se deben fijar los actores y sus intereses enfrentados. Luego será preciso identificar la situación amigo-enemigo que enmarca la lucha y, finalmente, se deberá caracterizar el recurso a la violencia como condición sine qua non para la existencia de esta “cultura de guerra”. En la medida que estos factores estén presentes, podríamos estar ante un contexto factible de ser entendido y estudiado bajo los cánones de la guerra*⁶⁹

Es importante tener presente esta última objeción que – en mi opinión – puede relacionarse con un debate político y académico desarrollado en la Argentina – aunque no solo en este país – en las últimas tres décadas acerca de la definición de las amenazas que son objeto de la defensa nacional y su instrumento militar. Me refiero a la polémica que suscita, por un lado, al concepto de “seguridad ampliada” o “nuevas amenazas” donde se disuelve la distinción taxativa entre actores internos/externos y actores estatales/no estatales – como sucede en la definición de “guerra asimétrica” o “guerra híbrida” – y, por otro lado, al concepto de amenazas externas restringido exclusivamente a Fuerzas Armadas de otros Estados – de acuerdo con los sentidos y usos de la “guerra convencional”. Van Creveld, de hecho, es un autor citado por quienes centran su interpretación en torno de la primera opción.

Ahora bien, el reconocimiento como combatientes de actores sociales que no integran las Fuerzas Armadas de un Estado es un problema que pienso que fue correctamente resuelto por Garavaglia y Rabinovich cuando plantearon que las fuerzas de guerra no sólo eran militares sino de otro tipo y, en consecuencia, denominaron a estas últimas como otras fuerzas de guerra.⁷⁰ Este concepto no soslaya la importancia atribuida por estos dos historiadores a las fuerzas de línea, regulares o permanentes en sus estudios sobre el Río de la Plata/Argentina del siglo XIX, sino uno que no omite la relevancia teórica y empírica de esas otras fuerzas de guerra. A su vez, en el artículo comentado

68 Cornut, 2020: 22; Schmitt, 2005 [1963].

69 Cornut, 2020: 22-23.

70 Garavaglia, 2012 y Rabinovich, 2013.

instrumentalicé esa categoría analítica para interpretar las concepciones y prácticas sobre la “guerra” de “*combatientes militares*” y “*combatientes revolucionarios*” en la Argentina de la década de 1970.⁷¹

Por último, el énfasis otorgado por una “historia cultural” o “historia social y cultural de la guerra” a la comprensión situacional de las perspectivas y experiencia de los actores sociales suscita, además, otro motivo por el cual la lectura de Clausewitz y las interpretaciones teóricas e históricas de su obra son imprescindibles: los actores sociales que estudiamos en el siglo XX-XXI a menudo han sido o son sus lectores e intérpretes y, por ende, es preciso conocer cómo lo leyeron, cómo lo interpretaron, qué conclusiones extrajeron no solo en términos intelectuales sino para la toma de decisiones. En relación con esto, la cuestión a develar no es tanto si lo “interpretaron bien” sino cómo lo interpretaron, desde qué coordenadas intelectuales, en relación con qué interlocutores, en qué circunstancias y/o con qué objetivos, tal como hicieron Fernández Vega y Cornut en sus análisis sobre el pensamiento de oficiales del Ejército Argentino de la primera mitad del siglo XX.⁷²

Reflexiones finales

La renovación historiográfica de los estudios de la guerra actualmente en curso en los medios académicos argentinos ha destacado el carácter social y cultural de su contribución innovadora al conocimiento del tema. Me reconozco parte de ella. Sin embargo, esa invocación a la “historia social” e “historia cultural” no solo expresa ciertas concepciones teóricas y metodológicas – bastante heterodoxas – sino una diferenciación respecto de la tradicional “historia militar” que concibe los militares y la guerra principalmente en su autonomía o singularidad respecto de otros fenómenos, instituciones y actores sociales de una sociedad o cultura. En consecuencia, me pregunto si esos rótulos son adecuados para definir más programáticamente nuestras investigaciones. Un par de trabajos de Darío Barrera me ayudaron a pensar la cuestión.

⁷¹ Soprano, 2019.

⁷² Fernández Vega, 2005; Cornut, 2017.

En un artículo del año 2002, Barrera constataba que la despolitización de la historia colonial producida en la Argentina con la renovación historiográfica de la década de 1980 y su correspondiente énfasis en el estudio de la economía y la sociedad, contribuía a facilitar referencias a lo político con vistas a establecer antecedentes o una genealogía del Estado en el siglo XIX, definiendo problemas y empleando categorías de análisis extemporáneas. También sostenía que la noción de “retorno” de la historia política debía replantearse como una recuperación de la centralidad de la esfera política o de lo político. Esta historia política, decía, no compartía objetos, metodología ni fundamentos retóricos con su antecedente; por ello Barrera prefería denominarla como “historia social con lo político restituido” o una “historia política configuracional” donde las perspectivas, experiencias y relaciones de los actores sociales son puestas en foco de análisis y las estructuras administrativas tenidas como ámbitos en los que esos actores disputan poderes.⁷³

En 2019, Barrera publicó: *Historia y Justicia*. De ese monumental libro refiero apenas a sus reflexiones críticas sobre las relaciones entre “historia del derecho” e “historia social de la justicia” en la historiografía argentina. Señalaba que esta última expresión se utiliza como un rótulo de los “historiadores generalistas” – que se sirven del estudio de la justicia y de sus fuentes documentales para conocer otras dimensiones de la vida social – para distinguirse de los historiadores más institucionalistas y doctrinarios de la “historia del derecho”. De las interacciones conflictivas y en ocasiones solidarias entre los cultores de una y otra historiografía fue emergiendo un “*espacio de investigación mestizo*” como es la “*historia de la justicia*” entendida como un quehacer historiográfico más centrado en los actores sociales que en las instituciones judiciales y doctrinas jurídicas abstraídas de la capacidad de agencia de los primeros.⁷⁴ ¿Qué hacer entonces con la expresión “historia social de la justicia”? Este historiador planteaba que es posible conservarla, pero a condición de otorgarle mayor precisión que la que tiene en sus usos diferenciales. La “historia de la justicia” merece ser adjetivada como “social” cuando “*consagra el estudio de las relaciones sociales de los agentes involucrados en el universo*

73 Barrera, 2002: 187-188.

74 Barrera, 2019: 167-168.

*judicial, cuando pone al descubierto el modo en que las relaciones sociales inciden en el funcionamiento de la dimensión judicial y viceversa”.*⁷⁵

Estos dos análisis son una referencia esclarecedora para estas reflexiones finales, desarrolladas a partir del diagnóstico presentado más arriba sobre la producción de la tradicional “historia militar” y la “historia social y cultural de la guerra”. Del lado de la primera, sostengo que el desafío está en comprender sus temas canónicos sobre el estudio de la guerra y de los militares en sus relaciones con otras esferas y actores de la vida social. Del lado de la segunda, el desafío es avanzar en el conocimiento de la singularidad de los actores, acontecimientos, procesos, instituciones, ideas y valores bélicos – de militares y de otras fuerzas de guerra – para erigirlos en verdaderos objetos de investigación antes que considerarlos como un medio – sin dudas legítimo – para comprender otras cuestiones de la historia de una sociedad o cultura.

¿Sería dado propender hacia un programa comprehensivo y superador de esas dos historiografías? Sí, pero no estoy seguro que sea posible. Esta alternativa es mucho más compleja que las anteriores, pues compromete e interpela a sus cultores no sólo con desafíos epistémicos sino ideológicos, políticos, institucionales e incluso personales, pues rótulos como “historia militar” o “historia social y cultural de la guerra” definen programas intelectuales pero también membresías a “tribus académicas” – según la expresión de Tony Becher en su etnografía sobre culturas disciplinares.⁷⁶

Quienes nos reconocemos participando de la actual renovación historiográfica hemos empleado varias denominaciones: “historia de la guerra”,⁷⁷ “historia de la guerra, los militares y otras fuerzas de guerra”,⁷⁸ “historia cultural de la guerra”⁷⁹ e “historia social y cultural de la guerra”.⁸⁰ En cada caso se ofrecen buenos argumentos para sustentar esos rótulos. Mi opinión es que, ante todo, lo importante es definirlos con precisión, es decir, que tengamos presente que la invocación del primer término de esas expresiones – historia, historia social, historia cultural, historia social y cultural – exige la explicitación de enfoques y métodos historiográficos; y que el segundo o los

⁷⁵ Barrera, 2019: 175-176.

⁷⁶ Becher, 2001 [1989].

⁷⁷ Lorenz, 2015, Rabinovich, 2015b y Cornut, 2020.

⁷⁸ Garavaglia, 2012 y Rabinovich, 2013.

⁷⁹ Tato, 2017.

⁸⁰ Lorenz, 2015, Rodríguez, 2019, Tato, Pires & Dalla Fontana, 2019, Soprano, 2019 y Tato & Dalla Fontana, 2020.

segundos demandan delimitar objetos de estudio donde las perspectivas, experiencias y relaciones de los actores sociales deben colocarse en el centro del análisis.

En definitiva, tanto se opte por una nueva “historia militar”, por cualquiera de las denominaciones de la renovación historiográfica, o por un programa comprehensivo y superador, estoy convencido que continuar apelando tácita o explícitamente a la indiferencia, el desconocimiento e incomunicación, o bien reproduciendo rótulos diferenciales erigidos como marcas de identidad y escudos para librar disputas político-intelectuales, son alternativas que no facilitan el más elemental diálogo académico entre los historiadores argentinos. Por tal motivo, pienso que – sin que esto sea excluyente – la lectura, análisis y discusión de la obra de un “clásico” como Clausewitz y de sus intérpretes es un ejercicio intelectual que puede concitar esfuerzos convergentes para definir una agenda de cuestiones compartidas para el estudio histórico de la guerra y de sus protagonistas combatientes y no combatientes en la Argentina de los próximos años.

BIBLIOGRAFÍA

- Anzaldi, P. A. 2019, *Clausewitz. La ciencia política de la guerra. Filosofía, ejército y pueblo*, SB Ediciones, Buenos Aires.
- Aron, R. 1987 [1976], *Pensar la guerra, Clausewitz*, Instituto de Publicaciones Navales, Buenos Aires.
- Aron, R. 2005 [1987], *Sobre Clausewitz*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Barriera, D. 2002, "Por el camino de la historia política: hacia una historia política configuracional" en *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 53, pp. 163 a 196.
- Barriera, D. 2019, *Historia y justicia. Cultura, política y sociedad en el Río de la Plata (Siglos XVI-XIX)*, Prometeo, Buenos Aires.
- Becher, T. 2001 [1989], *Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual y las culturas de las disciplinas*, Gedisa, Barcelona.
- Clausewitz, C. 2005 [1832], *De la guerra*, La Esfera de los Libros, Madrid.
- Cornut, H. 2018, *Pensamiento militar en el Ejército Argentino. 1920-1930. La profesionalización, causas y consecuencias*, Argentinidad, Buenos Aires.
- Cornut, H. 2019, "Clausewitz a través de la mirada de Raymond Aron. Vigencia y proyecciones" en *Cuestiones de Sociología*, 20, pp. 1 a 14.
- Cornut, H. 2020, "La historia militar ante un desafío epistemológico" en *Casus Belli*, 1, pp. 13 a 27.
- Di Meglio, G. 2007, "La guerra de independencia en la historiografía argentina" en Chust, M. & Serrano, J. A. (eds.) *Debates sobre las independencias latinoamericanas*, AHILA-Iberoamérica-Vervuert, Madrid, pp. 27 a 45.
- Fernández Vega, J. 2005, *Las guerras de la política. Clausewitz de Maquiavelo a Perón*, Edhasa, Buenos Aires.
- Foucault, M. 2000 [1997], *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Garavaglia, J. C. 2012, "Prólogo" en Garavaglia, J. C. Pro, J. & Zimmermann, E. (eds.) *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado. América Latina, siglo XIX*, Prohistoria Ediciones / State Building in Latin America, Rosario, pp.9 a 13.
- Geertz, C. 1994 [1983], *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona, Paidós.
- Girard, R. 2010 [2007], *Clausewitz en los extremos. Política, guerra y apocalipsis*, Katz, Buenos Aires.
- Howard, M. 1976, "The influence of Clausewitz" en Clausewitz, C. *On war*, Princeton University Press, New Jersey, pp. 27 a 44.
- Howard, M. 1983, *Clausewitz. A very short Introduction*, Oxford University Press, New York.
- Keegan, J. 2014 [1993], *Historia de la guerra*, Madrid, Turner.
- Laleff Ilieff, R. 2021, *Poderes de la abyección. Política y ontología lacaniana I* (en prensa).
- Lorenz, F. 2015, "Introducción" en Lorenz, F. (comp.) *Guerras de la historia argentina*, Ariel, Buenos Aires, pp. 19 a 27.
- Marín, J. C. 2018 [2009], "Leyendo a Clausewitz" en *Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea*, 6, pp. 133 a 161.
- Núcleo da Antropologia da Política. 1998, *Uma antropologia da política: rituais, representações e violência*, Cadernos do NuAP, Rio de Janeiro.
- Paret, P. 1976a, "The genesis of *On war*" en Clausewitz, C. *On war*, Princeton University Press, New Jersey, pp. 3 a 26.
- Paret, P. 1976b, *Clausewitz and the state. The man, his theories, and his times*, Princeton University Press, New Jersey.
- Paret, P. 1991 [1986], "Clausewitz" en Paret, P. (coord.) *Creadores de la estrategia moderna. Desde Maquiavelo hasta la Era Nuclear*, Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 197 a 226.
- Parker, G. (ed.) 2010 [2005], *Historia de la guerra*, Akal, Madrid.
- Rabinovich, A. 2013, *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Río de la Plata, 1806-1852*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes.
- Rabinovich, A. 2015a, "Las guerras civiles rioplatenses: violencia armada y configuraciones identitarias (1814-1852)" en Lorenz, F. (comp.) *Guerras de la historia argentina*, Buenos Aires, Ariel, pp. 137 a 158.
- Rabinovich, A. 2015b, "De la historia militar a la historia de la guerra. Aportes y propuestas para el estudio de la guerra en los márgenes" en *Corpus*, 5, 1, pp. 2 a 5.
- Rabinovich, A. 2017, *Anatomía del pánico. La batalla de Huaqui, o la derrota de la revolución (1811)*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Rodríguez, A. B. 2019, *Batallas contra los silencios. La posguerra de los excombatientes del Apostadero*

Naval Malvinas (1982-2013), FaHCE-UNLP/UNaM/UNGS, La Plata.

Sánchez Mariño, H. 2020, “La naturaleza y las causas de la guerra. Keegan, van Creveld y el debate con el pensamiento clausewitziano” en *Casus Belli*, 1, pp. 177 a 203.

Schmitt, C. 2005 [1963], *Teoría del partisano*, Struhart & Cía, Buenos Aires.

Soprano, G. 2019, “Violencia política y terrorismo de Estado en la Argentina de la década de 1970. Perspectivas y experiencias de los ‘combatientes’ desde una historia social y cultural de la guerra” en *Autoctonía. Revista de Ciencias Sociales*, III, 1, pp. 36 a 53.

Soprano, G. 2021, “Entre Clío y Marte. ‘Historia militar’ e ‘historiadores militares’ en la Argentina de la primera mitad del siglo XX” en *Anuario del IEHS*, 36, 1, pp. 241 a 265.

Storrs, C (ed.) 2009, *The Fiscal-Military State in Eighteenth-Century Europe*, London, Ashgate.

Tato, M. I. 2017, *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*, Prohistoria, Rosario.

Tato, M. I., Pires, A. & Dalla Fontana, L. (coord.) 2019, *Guerras del siglo XX. Experiencias y representaciones en perspectiva global*, Prohistoria, Rosario.

Tato, M. I. & Dalla Fontana, L. (dirs.) 2020, *La cuestión Malvinas en la Argentina del siglo XX. Una historia social y cultural*, Prohistoria, Rosario.

Tilly, C. 1992 [1990], *Coerción, capital y Estados europeos. 990-1990*, Alianza, Madrid.

Van Creveld, M. 2007 [1991], *La transformación de la guerra*, Talleres Gráficos Plantié, Buenos Aires.

Velázquez Ramírez, A. 2015, “Teoría de la guerra e historia conceptual” en *Conceptos históricos*, 1, 1, pp72 a 97.